

LETRAS

Letrillas

LETRONES

LITERATURA

RAZONES PARA LEER

A propósito de su visita a Chile, alguien planteó en la prensa la pregunta de por qué leer a Julian Barnes. Es una pregunta bastante curiosa, además de reveladora de los tiempos que corren. Barnes es un notable escritor; por momentos, un gran escritor. Aparte de eso, es un escritor original y que pertenece de lleno a la literatura, no a los medios, ni al mercado, ni a la farándula de alguna especie. No hay necesidad de razones para justificar su lectura. La justificación completa de su lectura es su escritura, su dominio del arte narrativo, su gracia literaria. Ahora somos grandes aficionados a las justificaciones teóricas, a la jerga y a la jerigonza, que todos tratan de usar y que no todos entienden. Lo primero que leí de Barnes fue *El loro de Flaubert*. Me divertí mucho con ese libro, me reí de buena gana, sentí la presencia del gran misterio de la creación literaria y a la vez la de sus miserias y su lado grotesco. No he sido nunca tan flaubertiano como, por ejemplo, Mario Vargas Llosa, que convirtió a Flaubert y hasta a una de sus invenciones, a Emma Bovary, en objetos de un culto casi religioso. Y al observar el humor de Barnes, al compartirlo en buena medida, tuve la impresión de que él tampoco es un fanático de su ídolo, por más ídolo que sea; de que guarda

algunas distancias y de que se permite notorias impertinencias. En otras palabras, Flaubert es un personaje de Barnes, pero es un personaje que tiene una dimensión enigmática y superior. Y hay momentos en que Barnes, creador de Flaubert en *El loro de Flaubert*, es decididamente inferior a su criatura. Lo cual demuestra, por un lado, el talento del inglés y, por el otro, la grandeza del maestro francés del siglo XIX.

En mis lecturas de literatura inglesa moderna, siempre me asombró el mito de Flaubert que se dibujaba en un segundo plano, pero con gran seguridad, de un modo infalible. Hablo de mis lecturas de Henry James, de James Joyce, de Ezra Pound y T.S. Eliot, de William Faulkner (autores, dicho sea de paso, entre los que no figura ni un solo inglés auténtico). Alguno de ellos dijo, refiriéndose a él mismo o a alguno de sus colegas: “Su verdadera Penélope fue Flaubert.” Julian Barnes también podría haber dicho esa frase. Pero el libro de Barnes es ambivalente, y es probable que ahí resida su gracia y su originalidad: se ríe de Flaubert, intenta desmitificarlo, pero contribuye, de hecho, a fortalecer el mito, a consolidarlo todavía más.

El libro me pareció, en otro aspecto, un libro de viaje: Julian Barnes, inglés aficionado a la literatura francesa, como tantos de sus coterráneos, emprende un viaje al corazón de Flaubert, a sus tierras, a sus paisajes, a sus diversos enigmas. Llega a Croisset, a la salida de Rouen,

y se encuentra con que sólo existe un pabellón aislado de la antigua propiedad de la familia del novelista. Existe, naturalmente, un Bar Gustave Flaubert en las cercanías, donde suponemos que los parroquianos beben mucho vino Muscadet y mucho aguardiente de Calvados, lo cual los identifica más con Georges Simenon, el inventor del detective Maigret, que con los clásicos de Normandía y de Bretaña, y el Sena se encuentra en el mismo lugar de siempre y no ha cambiado demasiado de aspecto. Podemos imaginar la forma como miraba Flaubert las curvas del río, los fanales de los barcos de pesca, los remolcadores, al final de largas jornadas nocturnas en que había luchado con capítulos de *Madame Bovary* o de *La educación sentimental*. A veces me digo que las cartas que le mandaba a Louise Colet, su amante de París, actriz conocida y poeta mediocre, narrando lo que habían sido esas jornadas de trabajo furibundo, son mejores que las novelas en sí mismas. Pero no pretendo caer en la manía provinciana y mezquina de las comparaciones.

Barnes llega a Croisset, convertido ahora en minimuseo, y baja un loro expuesto arriba de un armario y protegido por un fanal de vidrio. El loro flaubertiano, tema central del célebre cuento de Flaubert “Un corazón sencillito”, tiene un parentesco lejano con el personaje de *El pájaro verde*, que para mi gusto es lo mejor que escribió en su vida nuestro Juan Emar. Es un animal igual

de gárrulo, de agresivo, de imprevisible, y tiene en ambos textos una relación remota con el arte de la palabra y hasta con el Espíritu Santo. Pues bien, Barnes examina el pájaro embalsamado del pabellón de Croisset y concibe la sospecha de que los loros de Flaubert, después de la desaparición del autor, tienden a multiplicarse, como ocurre con algunas de las reliquias de la religión católica. ¿Cuántas cabezas de San Juan Bautista existen en los santuarios de este mundo, y cuántos loros de Flaubert?

Viajamos a Croisset con toda la familia, en compañía de Vargas Llosa y la familia suya, allá por los años sesenta, y tengo el recuerdo vívido siguiente: a Vargas Llosa, más que los muebles, los tinteros, la estatuilla de un Buda de oro, el pájaro embalsamado en su fanal, le interesaba lo que el propio Flaubert acostumbraba describir como su *gueuloir*. La palabra del novelista era un neologismo muy expresivo, inventado a partir de la palabra *gueule*, que significa “hoci-co”, y *gueuler*, que significa “gritar”, “dar voces”. En buenas cuentas, el *gueuloir*, un sendero más bien angosto, rodeado de árboles (no puedo precisar ahora, y pido las excusas del caso, qué clase de árboles), era algo así como el gritadero, un lugar donde el escritor repetía sus frases a gritos hasta encontrar el tono, el ritmo, las palabras exactas. Era el sitio donde el estilo, en medio del viento de la noche, frente a las luces de los navegantes, cuajaba, cristalizaba en forma definitiva. Mientras Louise Colet insistía en viajar desde París, el maestro la atajaba en sus cartas formidables y perentorias: ella tenía que esperar el capítulo de los comicios agrícolas, y el del paseo en coche de la Bovary con su amante por las calles de Rouen, y el siguiente y el subsiguiente: el monstruo Flaubert, el grotesco Flaubert, el oso de Croisset, que en alguna ocasión se había sentido fascinado por los camellos del norte de África, por su movimiento continuo, por su aptitud para soportar el calor intenso, exactamente opuesta a la de los osos polares.

Mi Flaubert preferido está en la correspondencia, en *Un corazón sencillo*,



Julian Barnes, padre de cierto Flaubert.

en los dos escritores entrañables y patéticos de su novela póstuma, *Bouvard et Pécuchet*. Cuando viajo a París en estos años, suelo quedarme en casa de un amigo en el barrio del Canal Saint-Martin. Salgo de la casa y me veo de inmediato en uno de los muelles donde se encuentran los dos escritores y deciden comenzar su extravagante aventura. Me he convertido en flaubertiano sin darme cuenta, y a veces pienso en el joven Vargas Llosa, y en el libro de Julian Barnes, y en el oso en persona, el vociferante, el amigo de Turguéniev, de la princesa Matilde, sobrina de Napoleón I, del simpático Alfred Le Poitevin. Ya ven ustedes. Pero mi idea inicial era la de recomendar la lectura de Julian Barnes. Y recomiendo su lectura con entusiasmo. *Arthur y George* es una novela apasionante: la historia de un error judicial lleno de ingredientes de xenofobia y de fanatismo colectivo, investigado con minucia y esclarecido en forma brillante por Arthur Conan Doyle, el autor de novelas policiales y creador de Sherlock Holmes. Y en *La mesa limón* hay cuentos maestros, inolvidables: relatos de la edad avanzada, de la suplantación, de los secretos de toda una vida y sus imprevisibles enseñanzas. ¿Necesitamos justificaciones para leer a Barnes, para leer a Vargas Llosa, para leer al oso Flaubert, a su amigo ruso Turguéniev, al joven Guy de Maupassant, que según biógrafos indiscretos era el probable hijo adulterino de Flaubert con una hermana de Alfred Le Poitevin, la dulce Laure Le Poitevin? Leamos, digo yo, recuperemos el placer único de la lectura, y dejémosnos de hacer preguntas tontas. —

—JORGE EDWARDS

CARTA DESDE RUSIA EL ZAR ETERNO

Cualquiera que llegue a Rusia puede ver el cambio. Antes de la caída de la Cortina de Hierro, la bienvenida a Moscú correspondía a las miradas escrutadoras de un régimen implacable frente al enemigo occidental; hoy, en el aeropuerto internacional de Domodedovo lo primero que se observa es un cajero automático.

Los ATM son la parada obligada, la aduana que nos permitirá cruzar hacia el mar de inversiones y turistas que aterrizan en la Rusia capitalista, un país que históricamente ha pendido entre el universo europeo y la cordillera de los Urales, el nicho donde bulle la nostalgia que produce la estepa siberiana.

Para quienes nacimos y crecimos bajo la égida de la Guerra Fría, resulta insólito comprobar que en lo que fuera el paraíso de la clase obrera, donde era más importante la producción y distribución equitativa que el consumo, parece dominar el culto al centavo. Aquí todo puede medirse en centavos.

Han pasado casi veinte años desde que el hielo de la guerra se derritió, luego de un proceso que inició justo en el corazón del Kremlin con la *perestroika* y se coronó el 9 de noviembre de 1989 con el derrumbe del Muro de Berlín.

Nadie sabe qué hacía el teniente coronel Putin, presunto espía en la Dirección de Inteligencia Exterior del Comité de Seguridad del Estado (KGB), con sede en la República Democrática Alemana, cuando contempló el final de una era, pero sin duda la visión de su gobierno descansa en esas ruinas.

Putin aprendió —desde entonces— que el ser humano puede ser gobernado con éxito sobre los ejes de la nostalgia y la brutalidad, y en eso ha fundamentado su consolidación política.

Durante quinientos años, desde el reinado del zar Iván el Terrible, este país ha sido dirigido bajo un poder implacable, produciendo entre sus habitantes una añoranza eterna por la libertad que

nunca tuvieron, añoranza que se puede observar —como las hojas de los abedules, en ruso *berezkas*— entre los más de diez millones de ciudadanos que recorren sus túneles.

El camino hacia el centro de Moscú permite ver y entender que el alma rusa está dividida, por igual, entre la barbarie y la nostalgia, con el vodka como una bisagra que los une.

En el eje de esta metrópoli, que lucha por ocultar el pasado de un sueño quebrado para resaltar la proliferación del dinero y el consumo, está la Plaza Roja, símbolo por antonomasia de la esencia rusa.

El acceso a ella, como al resto de la ciudad, es subterráneo; el mayor orgullo de la clase soviética se construyó en el subsuelo, funcionalidad que, con temperaturas de veinticinco grados bajo cero, se agradece, pero que también permite observar la vida escondida que corre y recorre al antiguo imperio comunista. Gente de cualquier edad y condición llega cada día a las paradas de esos túneles para sufrir, recordar y beber, actividad que abre camino a la música en su constante búsqueda de olvido.

Al este de la Plaza Roja está el Kremlin, que en ruso significa fortaleza y cuya conservación y existencia se debe a Lenin, que lo protegió de la destrucción bolchevique. Quizá así se puede explicar que la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no alejó la brutalidad del centro de mando; por el contrario, ésta siempre tuvo —sobre todo durante los veintinueve años de dominio estalinista— licencia para la barbarie.

La Plaza Roja fue roja mucho antes de la revolución soviética. Fue aquí donde los zares, en el siglo XIX, construyeron los almacenes GUM, que durante el gobierno de Joseph Stalin fueron el centro neurálgico de sus planes de industrialización.

Para la Rusia moderna y capitalista, los almacenes GUM son nuevamente reflejo de su época al convertirse, ahora, en centros de otra revolución: la del consumo, que ofrece, a sólo unos pasos del centro de poder del antiguo

politburó soviético, productos de las grandes marcas de moda y escaparatés dominados por grandes carteles con la leyenda *sale*.

Rusia cambió, y esos cambios han sido consolidados en los últimos años por Vladimir Vladimirovich Putin, el nuevo zar, o al menos una variante sui géneris del mismo. Putin es un déspota —como es calificado por sus gobernados— que fue votado por su pueblo a cambio de dos condiciones: la restitución de la seguridad frente al dominio alcanzado por las mafias y la reintegración del poder al Estado.

En esta circunstancia, el mandatario ruso se enfrenta cada día a la paradoja de promover los compromisos democráticos adquiridos frente al resto del mundo sin menoscabar el firme control que ejerce sobre medios de comunicación, partidos políticos, iniciativa privada y vida pública en general.

Vladimir Putin erigió un gobierno basado en el absolutismo, sistema que su pueblo conoce bien y a través del cual ha recuperado el orgullo por su historia y su bandera. El presidente ha recreado el sentido nacional recuperando una imagen decisiva: es el hombre del torso desnudo que lucha y gana al oso.

Con 55 años de edad, ha cultivado hábilmente la figura del hombre moderado, vigoroso, que no necesita nada más que su entrega a Rusia para gobernar, convirtiéndose en el único líder capaz de poner en balance dos contrapesos fundamentales para el equilibrio del planeta como son China e Irán.

Desde el inicio de su mandato, en el año 2000, ha encabezado una serie de reformas enfocadas a acelerar el crecimiento económico, impulsando el desarrollo social con modificaciones al sistema de enseñanza pública y de sanidad.

Durante los últimos seis años, la economía ha mantenido un ritmo constante de crecimiento de 6,5 por ciento anual, pero en 2007 este fue de ocho por ciento. Además, las exportaciones de crudo y gas permitieron que sus reservas financieras pasaran de doce mil millones de dólares en 1999 a cuatrocientos dieci-

nueve mil millones en 2007, y para este año se pronostica que alcanzarán los quinientos mil millones de dólares.

Su política, además, ha priorizado el resurgimiento del protagonismo ruso en la escena internacional mediante una voz propia e independiente, muchas veces con una postura diplomática agresiva, concentrado en la defensa de la multipolaridad como contrapeso a Estados Unidos.

Basando su estrategia en la “diplomacia del gas”, ha conseguido recuperar el liderazgo económico y político de la región, apoyando a países como Ucrania y Turkmenistán, decepcionados por las nulas recompensas estadounidenses luego de su colaboración en las operaciones antiterroristas.

Casi veinte años después de la reunificación alemana, cuando el mundo empieza a reconocer las terribles consecuencias de haber confiado todo al mercado, Putin fue nombrado por la revista *Time*, en su edición de diciembre de 2007, la Persona del Año, reconocimiento otorgado desde 1927 a quienes —para bien o para mal— han tenido una influencia determinante en la escena internacional.

Los hilos del mundo se mueven en el sentido de las tomas de ruta de la Persona del Año; de lo que haga Rusia respecto a China e Irán, de lo que estructure en política energética y de su relación con los países de la región depende el fin del caos en que se ha convertido la escena internacional.

Vladimir Putin, representante de los complicados entretos políticos mundiales, recibió este nombramiento tanto por el impacto de sus acciones en la vida rusa como por la recuperación de su país como actor estratégico mundial.

Frente a los altos niveles de torpeza e incompreensión que en los últimos años ha alcanzado Estados Unidos respecto a los extremismos económicos y religiosos de Asia y Medio Oriente, Putin emerge como un autócrata que, con el atenuado de la democracia, sigue la senda de otro “creyente”, Stalin, al convertirse en socio a conveniencia de Occidente.

Para muchos, la primera gran vícti-



Vladimir Putin, el hombre fuerte de Rusia.

ma del siglo XXI es la democracia, que pese a ser el mejor sistema de gobierno, no ha dejado de mostrar sus fallas. La consolidación de Putin en el poder significa el trazo de la primera línea de lo que podría ser un nuevo orden mundial: la brutalidad. El presidente ruso, que nació cuando la tiranía estalinista fenecía, es un tecnócrata eficaz y orgulloso representante del nacionalismo ruso y, por lo tanto, de su nostalgia y barbarie; ésa es la condición de su gobierno. Basando su legitimidad en el ejercicio democrático del voto, Putin ha obtenido licencia para dejar sin voz ni poder a quienes no son electos. —

— ANTONIO NAVALÓN

POLÍTICA RECADO PARA INGRID BETANCOURT

Ingrid:

Le pido ante todo perdón por escribirle cuando no la conozco y sólo a últimas fechas se me ha hecho presente, aunque lleva más de dos mil días de estar cautiva. Le escribo movido por su imagen difundida a fines de 2007, en la que, con el cabello largo y el rostro vuelto hacia la tierra, expresa e irradia desolación. Su figura, Ingrid, me ha hecho pensar en los santos de antaño que atravesaban el fuego de los suplicios con un rostro limpio de pasiones por el dolor y la decepción. En esa fotografía, es cierto, no da la cara, no se le ven los ojos, no expresa en apariencia nada, nada que no sea ese *estar ahí* con firmeza inquebrantable, a pesar de las cadenas que le atan las muñecas y que a mí me hicieron pensar a primera vista en un rosario.

No me puedo imaginar cómo, mediante cuántos trabajos y aflicciones ha podido llegar ahí, a ese lugar interior desde el cual domina al mundo sin necesidad de mirarlo ni de confrontarlo. ¿Cuántas tentaciones habrá tenido que vencer? ¿Cuántas veces habrá pensado en hacerse sacrificar o en dejarse caer para desaparecer en el olvido? ¿Cuánto habrá rumiado y velado y vuelto a rumiar en el corral donde le tienen confinada y en los caminos que ha tenido que andar y desandar? ¿Se dieron cuenta sus captores de que estaban jugando con fuego al jugar con su vida y que ellos se iban quedando en las llamas de su sosegado incendio? Y ese secuestrador ¿no es más bien una generación o varias de secuestradores que usted ha sabido consumir con su paz interior y su silencio? ¿Qué sabe ahora para que no la dejen ir en libertad? ¿Quién era hace seis años? ¿Quién es ahora? Su rostro, su figura, la atmósfera que la rodea me hacen pensar que ese cautiverio ha despertado en usted una fuerza de comprensión y clemencia, no exenta de coraje y lucidez,

un impulso capaz de trascender y de tocar fondo ahí donde en apariencia sólo hay inmediatez y silencio. Su imagen quiere decir, desde su mudez, muchas cosas: es una imagen de tácita protesta que dice “si ustedes no han dado la cara por nosotros, los prisioneros, no veo por qué entregarles la luz de mi mirada; mi cabello ha crecido como mi cautiverio y si nada me interesa es porque los que estamos acá al parecer no le interesamos a nadie”. Y así me imagino que usted descubrió de repente que su patria, aquella por la cual se postulaba como candidata a la presidencia, no era tal, que esa tierra era de ellos, ¿quiénes?, de esos otros que la secuestraban y la hacían peregrina en su patria.

En su imagen reverbera, como envolviéndola, una música cristalina que se resuelve en silencio. Y silencio, recogimiento, es lo que su imagen bienhechora impone. Estas líneas, Ingrid Betancourt, son para darle gracias por estar viva y por estar sufriendo ese martirio que nos limpia y, de algún modo misterioso, nos confronta a todos. En esa imagen también están presentes esos más de setecientos prisioneros de la guerrilla cuyos rostros y sufrimientos no conocemos pero cuya existencia está indisolublemente ligada a la suya. El Papa le ha dicho a su madre que él reza por “esa niña” pues sabe las condiciones tan difíciles en que está; yo más bien creo que es usted la que debe tenernos presentes a todos nosotros en sus oraciones.

Sus trabajos, Ingrid Betancourt, riman, riman demasiado bien, lamentablemente, con esta edad devastada por los espejos, por la reproducción. Pero riman a contratiempo, a contrarritmo. Esos trabajos, trabajos silenciosos, oficios de tácita piedad que se conduce de la miseria, son y han sido, ¿quién lo duda?, de una eficiencia mayor y perdurable y en ellos, en su elegancia y nobleza, en su amorosa disponibilidad dispuesta a vencerlo todo y a renunciar a todo menos a la esperanza y a la fe, quisiera leer una prenda de la humanidad por venir, de esa humanidad que debería ser muy fuerte para poder arrostrar las amenazas, los

peligros, la supresión, los desplazamientos, las hambrunas, los desvelos, las privaciones, las injusticias, las crueldades, las iniquidades que ya rodean y recorren crecientemente a la especie dentro y fuera de Colombia. Quienes han abusado de su libertad poniéndole cadenas y cepos, convirtiéndola en mercancía, no han podido cortarle la sombra y el cuerpo de la dignidad que irradia desde su cautiverio. Yo la saludo, Ingrid Betancourt, y me pongo como un voluntario bajo su estandarte solitario y con devoción iré rastreando las sendas perdidas por donde transitan sus silenciosos pasos que nos permiten pensar que hay razones e imágenes como la suya que nos ayudan a no tener vergüenza de pertenecer a la especie humana.

Sé, por lo que ha contado Clara, su amiga y compañera de lucha y cautiverio, que intentó escapar junto con ella pero que se perdieron en la selva y fueron capturadas de nuevo. Sé, por lo que usted misma ha dicho, que lleva una Biblia, su único lujo, su única posesión. Tengo curiosidad de preguntarle: ¿cómo llegó este libro sagrado a sus manos? ¿Lo llevaba usted? ¿Alguien se lo regaló?

También sé que no está sola, que hay otros setecientos o más prisioneros capturados que no son, por supuesto, comparables con los presos de la guerrilla, pues los rehenes de esta son secuestrados, y los guerrilleros prisioneros toman las armas voluntariamente; y sé, además, que a todos esos prisioneros hay que sumar los miles de desplazados que han sido proscritos de sus lugares por las fuerzas confrontadas en esa guerra que, desde acá, no sabemos entender. Esto me lleva a pensar en las dimensiones de ese país flotante acosado por las fuerzas que la tienen retenida y a preguntarme por el origen de la tendencia, al parecer muy arraigada, de algunos seres humanos a maltratar, torturar, secuestrar y atormentar al otro. También pienso en el pavor que debe tener usted y que seguramente lleva no como una sombra sino como un manto invisible o una nube de miedo, que también cubre a su país, a nuestros países, en fin, a la Tierra toda,

a la patria grande. Y sobre esta frase de la “patria grande”, tan manoseada por los políticos, me gustaría compartir con usted, apreciada Ingrid, aunque sólo sea para distraerla, unas observaciones.

¿A qué se refieren con esa voz ampulosa de “patria grande”? ¿Una “patria” que estaría por encima de las “patrias pequeñas”? Algunos escritores han hablado de una “cultura matriote-ra” identificándola con “matriotismo”, con querencia o patria chica. La palabra fue empleada por vez primera por don Miguel de Unamuno en un artículo así titulado “Matriotismo” y ahí dice:

En un reciente escrito autobiográfico del filósofo alemán Leopold Ziegler, leemos hablando de lo que el filósofo debe hacer: como hogar escoja su patria Europa pues su patria no puede escoger, y cuanto más osadamente nieguen a aquélla los pueblos fraternalmente enemigos tanto más honda lealtad debe guardarla.

En este pasaje de Ziegler, en rigor intraducible, hemos vertido “hogar” por Heimat, “patria” por Vaterland, o sea tierra-padre, y la expresión *mutterland* o sea tierra-madre que el filósofo aplica a Europa la vertimos por “matria”. (“Matriotismo”, artículo de Miguel de Unamuno, publicado en el periódico *Nuevo Mundo* de Madrid, el 10 de octubre de 1923, y recogido en *De esto y aquello*, vol. II, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1953, pp. 433-435.)

¿Esa *mutterland* o *tierra madre* que Unamuno traduce como matria no será la famosa “patria grande” que pregonan los altavoces de los revolucionarios?

Perdóneme, Ingrid, que la distraiga con estas constelaciones cuando usted ha podido mirar a las estrellas e inventar en el firmamento otras constelaciones más elocuentes y persuasivas. Pero usted comprenderá, desde ese ex-patriamiento que es el del cautiverio, que esta rancia cuestión de las patrias no es un tema menor en el paisaje de los nacionalismos ciscados por la mundialización.

Evoco su silueta cabizbaja y silen-

ciosa y no puedo dejar de pensar en las numerosas batallas interiores y exteriores que ha sostenido y que la han ido limpiando de escoria. No me hago ilusiones sobre el poder que puede tener este recado y no sé si algún día usted podrá leerlo. Son letras que pongo en su camino y en el de *todos* los prisioneros, los cautivos de un lado y del otro –pese a las obvias diferencias éticas y jurídicas– y los innumerables desplazados, y que quisieran elevarse como una oración por la libertad en el mundo y para abrir el camino de la concordia.



Ingrid Betancourt, en cautiverio.

Los habitantes indígenas de la Huasteca, en la Fiesta de los Muertos, siembran, a lo largo de los caminos que llevan a sus casas, pétalos de flor para que los muertos no se pierdan pues son muy olvidadizos y no saben recordar el camino de regreso. Usted, Ingrid, ha dicho que vive como muerta, y se lo creo. Siembro estas palabras en su camino para que, si algún día puede llegar a una casa mexicana, estos signos, que quieren ser como pétalos o piedrecillas blancas, le sirvan a usted y a otros prisioneros como viático y brújula.

Que pronto, muy pronto sus cadenas se rompan, y hago votos porque los altos comandos comprendan que los tiempos de este tipo de violencia, como el secuestro, han quedado atrás. Que la lección que nos viene usted dando ayude a todos a fortalecer aún más la resistencia interior.

La saluda con profundo respeto, –
– ADOLFO CASTAÑÓN

CARTA DE MONTEVIDEO

RODRÍGUEZ MONEGAL: PERPETUO MÓVIL

Emir Rodríguez Monegal (Melo, Uruguay, 1921-New Haven, Estados Unidos, 1985) abrazó varias disciplinas: profesor, investigador, crítico de cine, de teatro y de literatura, director de publicaciones culturales, *scholar*. Más allá de tales etiquetas, tanto en sus años mozos en Montevideo como en sus etapas adultas en el exterior (Francia, Inglaterra, Norteamérica), fue una *figura*: una persona que irradia un carácter y un estilo que se vuelven centrales y animan a su entorno. Temperamento crítico y pedagógico, aquí en Montevideo tuvo a su cargo las páginas literarias del semanario *Marcha* (1944-1959) y del diario *El País* (1960-1968) y compartió responsabilidades en la conducción de la revista *Número* (1949-1955). En esas fechas, que cubren una primera etapa de su desarrollo, su activismo intelectual se caracterizó por una voluntad de revisar el repertorio literario del país desde una perspectiva analítica nueva, que mucho se alejó de las complacencias y complicidades de un medio que las tenía por habituales. Trabajos como *José Enrique Rodó en el Novecientos* (1950), *Objetividad de Horacio Quiroga* (1952; algo más tarde reelaborado como *Las raíces de Horacio Quiroga*) y *Eduardo Acevedo Díaz* (1963) dan testimonio de un escrutinio ensayístico que llegaría a una transitoria culminación con *Literatura uruguaya del medio siglo* (1966). Este título, que recoge la casi totalidad de sus preocupaciones uruguayas y se ha vuelto de consulta inevitable, tiene en la mayoría de sus páginas una andadura de crónica rápida y espumosa que la hace llevadera y es muy de agradecer.

La labor de Rodríguez Monegal en *Marcha* y en *El País* impuso un tono profesional, de celo examinador y de distancia ante lo que se enjuicia; además, y acaso como complemento de tal actitud, se empeñó en traspasar las fronteras nacionales. En efecto, allí la visión crítica y el rigor del método se pretenden universa-

les, la conciencia se desea ecuménica y los valores y las mediciones que se aplican son semejantes a los que regirían en cualquier latitud. De ahí, de esa amplitud vicaria, surge el interés—interés que, en su caso, se convierte en una doctrina— por difundir las corrientes más vanguardistas y removedoras que sacuden a las literaturas del mundo y los nuevos autores que las encauzan y representan. Es fama que fue en las secciones de Rodríguez Monegal, anglófilo superlativo en un país de afrancesados, que aquí se leyó por vez primera a Eliot, a Pound, a Virginia Woolf, a James Joyce.

Integrante de lo que se conoce canónicamente como la “generación del 45” (un grupo de intelectuales de enorme influencia en la segunda mitad del siglo pasado), compartió con ese elenco un afán por renegar de las estructuras mentales y políticas que habían conformado el suelo y el subsuelo históricos del país hasta entonces. Ése fue, conviene recordarlo, el primer gran paso que provocó a poco andar la ruina de lo que en una época se bautizó “la Suiza de América”. ¿Hasta qué grado alentó en esa postura de Rodríguez Monegal una reacción estética contra una coyuntura intelectual de prosa administrativa y de miras municipales? ¿Su reclamo y su protesta se afincaron en pareceres ideológicos y sociológicos? ¿Hasta dónde no fue un hijo más del espíritu de un tiempo muy datado?

El desempeño posterior de Rodríguez Monegal—lo que debe considerarse la segunda etapa de su evolución—inclina a que se tenga por más razonable la primera explicación esbozada. Un libro como *Borges / Una biografía literaria* (1978), y las directivas literarias con las que gobernó a comienzos de los setenta del siglo pasado su revista *Mundo Nuevo* (que por cierto fue vinculada, no sin algún escándalo, a la diplomacia cultural que el Departamento de Estado de Estados Unidos desplegó en ciertos tramos de la Guerra Fría), hablan de un alejamiento de los argumentos de índole extraliteraria y de un progresivo adentrarse en la interioridad del texto literario y en su autarquía creadora y, sin olvidar jamás los anclajes circunstanciales que lo pro-

vocan y lo sostienen, en las reverberaciones del lenguaje en cuanto moción principal del hecho literario. Así, y de más en más, los textos de Rodríguez Monegal ilustran un criterio abierto de fuerte arraigo estético y de filiaciones transgresoras, un criterio—cabe añadir—que, subido a la inquietud intelectual, no tiene reparos en abreviar en fuentes inspiradoras diversas, como el psicoanálisis, el formalismo o el estructuralismo. En esos trámites, la escritura se entiende y se practica como una militancia radical en la literatura en tanto literatura, con sus sangres y sus impurezas incluidas y, muy en especial, como un acto que se inscribe en una continuidad histórica en la que resulta imperioso discernir los orígenes fundadores y la reformulación y actualización que de ellos se practica.

A tales postulados orientadores debe añadirse el ejercicio simpático, irónico y sin complejos de un género de características tan impertinentes y enemistosas como es el de la crítica literaria, vuelto en sus manos una manera de oxigenar el universo de la creación. Por lo demás, el apoyo de Rodríguez Monegal a los autores más atrevidos literariamente del llamado “boom latinoamericano” (su apoyo a Manuel Puig, a Guillermo Cabrera Infante, a Severo Sarduy), y su comunidad de intereses con la poesía concreta brasileña (mantuvo una entrañable amistad con Haroldo de Campos), son otras tantas estaciones de una elección (de una *dicción*) que crecerá y se ahondará. Por último, y en el final de su vida, cuando ya se sabía herido de muerte, se aplicó a escribir *Las formas de la memoria*, una obra autobiográfica de largo aliento de la que tan sólo terminó la primera entrega, titulada *Los magos* (1989). Es una pieza en la que, por vez primera en su trayecto, se compromete entero, en cuerpo y alma, y en la que demuestra una auténtica estatura de artista, es decir, de alguien que tiene una idea del mundo y una voz con la cual transmitirla. Nosotros, uruguayos, nos encontramos en ese libro con el paisaje geográfico y sentimental de un país ahora inexistente, a tal punto hemos cambiado. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

TROVA

PABLITO, EL SAMARITANO

La Nueva Trova ha cambiado y vuelto a cambiar con el paso de los años, y estoy seguro de que algún día se escribirá la historia de esas mutaciones, de esas traiciones. Por lo pronto, quisiera aportar una anécdota a propósito de la salida de *Regalo* y una reflexión sobre este nuevo álbum de Pablo Milanés.

La primera vez que vi a Pablito yo era un muchacho de quince años. Era la época de las fiestas con los *Almas Vertiginosas* y *Los Kent*, pero yo me encontraba frente al Teatro Martí, esperando a que comenzara un concierto de la Nueva Trova. Calculo que sería el año 70 o el 71 y que Pablito y los demás trovadores reunidos allí estarían ya de vuelta de “recogidas” y de granjas de castigo, mientras que nosotros, los jóvenes que nos apiñábamos a las puertas del teatro, apenas sospechábamos lo que se nos venía encima.

Recuerdo las butacas cubiertas con forros de tela blanca, y recuerdo la graciosa advertencia de un acomodador negro: “¡Con cariño, que el Martí es de palo!”, y recuerdo la entrada discretamente triunfal de Pablito Milanés, y hasta la tela raída de los bolsillos de su *blue jean*, y aún lo veo metiéndose, guitarra en mano, por entre nosotros: un mulato gordito, de afro batido y gafas redondas.

Creo que fue el poeta Pedro Campos, que moriría en el exilio, quien me llevó al concierto y quien me hizo prestar atención a las letras de aquel cantante chambón de voz afinada, y que con Pedro también fui al cine Payret, unos meses más tarde, a ver la película donde Pablo Milanés entonó una oda a los Comités de Defensa de la Revolución: “Cuadra por barrio, barrio por pueblo/ a la vanguardia va el comité...” ¡Qué decepción! Sin embargo, desde entonces, como tantos otros cubanos dispersos por el mundo, no he dejado de escucharlo.



El camarada Pablo Milanés: ¿tiempo de contrición?

¿Por qué insistimos en los pasajes que conmueven, en las rimas que nos pegan, en las medias verdades que nos confunden, o en los trabalenguas que siguen diciéndolo todo y nada? La trova es la trova, y la experiencia de esa música sacra será siempre, para nosotros, altamente problemática: descreemos de ella porque se vendió al mejor postor, pero no podemos dejar de tocarla y de admirarla, como si de una reliquia se tratara. En efecto, la Nueva Trova es uno de los momentos más sublimes, y también de los más abyectos, que alcanzó el espíritu de nuestra música.

Abyecta y sublime, la trova es otra meretriz de traganíquel que llora la traición de su hombre; y los trovadores tienen en común con los boleros de cabaret ese abandono a la mala vida que parece ser su tacha y su sino. Una especie de fatalidad los empuja al abismo: a ella, porque no consigue resistirse a la voluntad del chulo (“no me importa entregarme a ti sin condición”, canta La Lupe en “Qué te pedí”), y a él, porque no puede sustraerse a la tentación del héroe (“y por eso, para mí/ la vida no vale nada”).

Pablito Milanés encarnó como nadie esa doble moral, y desde su primer éxito —la más extraña e inconcebible de las canciones de amor— nos regaló el primer

malentendido (“muchas veces te dije/ que antes de hacerlo había que pensarlo muy bien”) de un género hecho casi exclusivamente de equívocos. Ahora el famoso verso de “Para vivir” podría servirle de epitafio al castrismo y a su revolución.

Regalo vendría a ser, entonces, lo que se conoce en el medio como un “álbum de contrición”, homólogo de *La samaritana*, el disco con que La Lupe se despidió del mundo y se arrojó a los brazos del Cristo redentor: tras largos años de fidelidad a una causa perdida, el trovador y la bolera se arrepienten, rasgan sus vestiduras y claman al cielo: “Mi hermano Jacinto/ que vive en La Habana/ no sabe si su hija/ que tuvo una nieta/ que aún no ha conocido/ sabrá que su madre/ murió de repente./ Las autoridades no lo dejan salir...”

Pablito Milanés, el mismo que alzó una Casa de la Trova sobre las ruinas del club La Red, se digna ahora, al pasar de los años, a echar una mirada compasiva sobre aquellos que nos apiñábamos a las puertas del Martí. La crítica lo ha dejado claro: “Demasiado poco y demasiado tarde”, y el público —el gran público que tan bien lo conoce— sospecha que La Lupe será siempre más sincera en su arrepentimiento. —

— NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS

LEY DE HEISENBERG

LOS CUENTOS POSMODERNOS DEL TÍO

Giuseppe Marotta es un autor italiano muy popular, no sólo en el sur del país (vivió en Milán y fue activo periodista del *Corriere della Sera*). Vittorio de Sica haría celebrísimo su *El oro de Nápoles*, tiernos, pintorescos y muy bien escritos recuerdos de una ciudad y de una infancia entrelazadas, al utilizarlo en su célebre filme, junto al inefable Totò. Mucho del libro se me ha olvidado, no la receta de esos años de miseria: sopa de pan —pan duro, agua, sal y el lujo de un poco de aceite—, alimento de su madre y hermana en los días de penuria, cuando no se ponía mantel, que eran los más. Leído, eso me representó la pobreza y las guerras de las que mi expeditivo abuelo me había salvado. Para el autor, esa sopa quedó incrustada en la memoria de los sabores, pero con un sentimiento afectuoso que lo llevaba a sumarle añoranza. Los “napoleones” sistemáticos, que un día elegí por error y acompañaron mi merienda de infinitas tardes, no los añoro. De ellos aprendí que la nostalgia se constituye también con cosas no necesariamente deliciosas.

Una que relaciono con años remotos es “el cuento del tío”. Tal variedad de ellos oí durante mi infancia que creo que la gente los inventaba, como los chistes que circulan sin autor responsable. Quizás mi pedagógico entorno lo iba enunciando para establecer en mis bases un firme escepticismo hacia un género humano adiestrado en olfatear al ingenuo, al pueblerino que “baja” a la ciudad y que, nomás en la estación, despoja al infeliz de sus bienes, sean cuales sean, sin que en muchos casos siquiera tenga la víctima derecho a lástima: aquellos trámites siempre implicaban un asomo de mala intención de parte del engatusado, que, a su vez, aspiraba a aprovecharse del otro. El cuento del tío es el primer mínimo desnivel que culmina con las deslumbrantes estafas del célebre Stavisky, por no mencionar

grandes escándalos muy recientes que conmueven (¿conmueven?) el ámbito político norteamericano (u otros).

Creía que el desarrollo que todo lo invade podía erradicar estas astucias pero, un poco cambiadas en su esencia, las recuperé hace años en París: recogí en el metro, y todavía lo conservo, un volante celeste donde una voz de iguales resonancias anunciaba que en su proximidad terminaban todos los males, todos los misterios pasados y futuros, las traiciones eran descubiertas, las enfermedades barridas, los deseos cumplidos, las fortunas llovidas y todas las glorias se desplegaban en arco iris. Mi reconstrucción no deja sospechar el lirismo, el poderío imaginativo y constructivo de aquel llamado, dirigido en primer lugar a los pobres africanos alejados de sus magias y sus selvas y necesitados de ellas. Sin embargo, creo que aspiraba también a algún pobre blanco desdeñado por la suerte y por las luces.

Pero hoy estas artes “adelantan que es una barbaridad”. Hace unos días me llegó por internet un colorido llamado que contaba una historia de padre asesinado (pero alto ejecutivo de color de alguna mina atacada por tribus enemigas), madre riquísima pero desamparada e hija incauta que busca a alguien hacia cuya cuenta sacar sus oros para recuperarlos luego, cuando ya esté fuera del horror. Venía de Costa de Marfil o algo así, con nombre debidamente pintoresco y un estilo nada desdeñable a la hora de transmitir la ingenuidad desesperada de la emisaria. Mis urgencias de ese instante me llevaron a borrar la complicadísima historia.

Hoy que me llega otra: “*From the desk of Bala Tomson (Esq.)*.” *Esquire*, no esquina, desde Ouagadougou (en español debería simplificarlo), Burkina Faso, West Africa, con su teléfono y demás datos y el formulario que debo llenar para incautarme de quince millones que pertenecen a una familia muerta en un accidente aéreo, cuyo apellido no se aduce. Nada más conmovedor que la delicadeza inicial del *Esquire*. “Olvide mi indignación si este mensaje llega a usted sorprendiéndolo.”

Me apresuro a enterar de todo esto a los lectores para no caer en tentación y por si entre ellos hay algún causahabiente con más derechos que yo.

También propongo que, por vía de edificación, vayamos aportando entre todos los materiales de este tipo, que, como nuevas arenas de oro, sospecho que comenzarán a fluir desde distintos sitios de África. También podrían llegar de algún desierto de Australia, es decir, de cualquier lugar del mundo donde la civilización se esté poniendo al día. Para estimular el interés pecuniario de los distraídos, les hablaría de un delicioso librito que reúne un siglo de testamentos ológrafos, vasto repertorio de analfabetismo, odio, gratitudes, ingenuidad, ansia de venganza y también de justicia, y que Sellerio editore Palermo sin duda ha acertado en aceptar de Salvatore De Matteis.

El tiranobufo

En un tiempo, América Latina parecía implicada con el barroco, los delirios de una naturaleza propensa a las vegetaciones metafóricas, lo acumulativo. Quizás las cosas están cambiando. Manganelli, quién no lo sabe ya, es italiano. No es, como su amigo Calvino, amigo de “sorbitos metodológicos”, y en su *Encomio del tirano* afirma que éste, con “ese hielo en el corazón que comercia siempre y sólo con la muerte, necesita del bufón”. Pues sí, qué empobrecido quedaría Shakespeare sin esos maravillosos diálogos entre un rey, por un lado, y un bufón, por otro.

Pero América camina hacia la síntesis, la unidad (ah, esa tirana maravilla, el pensamiento único, “el único camino”), y ha producido el económico ensamble del tirano y el bufón. Aunque, si bien pienso, ni eso. ¿Acaso Hitler y Mussolini no habían descubierto, cada uno a su modo, la curiosa atracción que produce lo grotesco? Pues sí, pero ahora aquí le hemos sumado el goteo de los petrotalleres, y el bufón se especializa en ser escatológico y coprológico, hasta en el vocabulario. Porque, ¿quién la va a pedir elegancia a un bufón? Sobre todo si, bufón al principio del siglo XXI, cuenta con el apoyo de la masa. —

—IDA VITALE